



INFORMACION INCOMPLETA

Prof. *Alfredo Valdés Loma*

Durante mucho tiempo se comentó que millones de personas, chinos, no tuvieron permiso para ver en sus pantallas de T.V. el “alunizaje” norteamericano; que el hombre había “alunizado” y luego cumplido breve caminata por la superficie lunar. El gobierno de Pekín, como entonces se le llamaba, antes de las correcciones semánticas introducidas por los sucesores de Mao, impidió que aquella noticia fuera televisada en el territorio de China Continental.

Cuando alguno de los más sobresalientes pontífices romanos de esta centuria falleció, la prensa rusa minimizó el hecho y sólo le dedicó un par de líneas en páginas interiores.

Al producirse la lacerante toma de París por las tropas nazis, un prestigioso director de uno de los periódicos más difundidos de Santiago, quien sabe si impulsado por legítimo dolor, prefirió no publicar la noticia.

En el decenio de los años 30, Paul Morand, conocido escritor francés de esa época, cumplió una gira aérea por algunos países latinoamericanos. Su periplo duró poco tiempo, lo que no fue obstáculo para que de vuelta a París escribiera una crónica narrativa que tituló “Aire Indio”. En ella se expresaban juicios

analíticos sobre la psicología y el grado de progreso de los países visitados. Naturalmente que, como fruto de ese veloz paseo, las impresiones del escritor fueron controversiales, casi todas objeto de rectificaciones.

Con ocasión del conflicto planteado por el repudio argentino al laudo de la corona inglesa relativo al diferendo entre Chile y Argentina, al aceptarse por las partes la mediación del Sumo Pontífice, la opinión mundial sufrió periódicos procesos de mala información a través de la divulgación de "trascendidos" que aparecían en las columnas de los diarios trasandinos. La táctica, en este caso, como en las referencias anteriores, era insertar algunas informaciones ciertas, aliñadas con deducciones que corrian de responsabilidad de algunos comunicadores.

Si se hiciera una comparación cuantitativa sobre la prohibición oficial China para informar a sus conciudadanos sobre la materialización del milenario sueño humano de desentrañar el secreto de la luna, y el conocimiento instantáneo que millones de personas de otras regiones terrestres tuvieron de aquella hazaña, es posible que dedujéramos algunas conclusiones estadísticas un poco desalentadoras. En efecto en la era expansiva de la comunicación un enorme porcentaje de personas se vio impedido de ver a los astronautas norteamericanos deambulando por el suelo lunar.

Análogas reflexiones surgirían en los ejemplos posteriores.

En materia de derechos humanos, ¿hasta qué punto estamos verazmente informados sobre lo que ocurre en países situados más allá de la Cortina de Hierro? ¿Ha podido algún periodista incursionar libremente en el territorio invadido de Afganistán?

El problema de la libre circulación de la noticia sólo se vincula con la actividad informativa de las denominadas agencias internacionales, de cualquiera nacionalidad que tengan. En cambio, cuando el gobernante, vale decir el Estado interviene en este flujo, pareciera no ser igualmente grave, a juicio de aquellos críticos.

En la guerra de Vietnam, la amplia cobertura de los más crueles episodios del conflicto, brindada por la televisión norteamericana, facilitó la generación de un sentimiento nacional norteamericano de repudio hacia él. Fue, sin duda, la constatación simultánea de millones de estadounidenses de la crueldad de ese conflicto, incentivada por la difusión televisada, la causa principal que presionó al Gobierno de Washington a buscar fórmulas que permitieran ponerle término.

Los periodistas norteamericanos y extensos sectores de opinión critican todavía la imposición de una cortina de censura a las noticias sobre el desembarco en Grenada. La crítica ha colocado en difícil situación a las autoridades que la impusieron y ahora las variadas explicaciones dadas cohonestando la aplicación de aquellas restricciones no han calmado las observaciones.

En los Comunes y en la prensa inglesa se ha abierto caudaloso debate sobre algunos pormenores del conflicto de las Malvinas y el ocultamiento de noticias relativas al enfrentamiento en las Falkland. El Gobierno de la señora Thatcher se ha empeñado en explicar aquella conducta, pero las voces divergentes no se han aplacado. Iguales críticas, sobre otros aspectos del conflicto, fueron formuladas a las autoridades argentinas de la época.

Estas consideraciones se relacionan con los problemas que enfrentan los comentaristas de cualquier medio de comunicación y la incompleta información que sobre la base del trabajo de esos profesionales llega al receptor de los mensajes.

Al leer editoriales y comentarios o escuchar análisis de la política internacional expuestos en medios audiovisuales surge la evidencia de que algunos de esos aportes analíticos adolecen de amplio respaldo de antecedentes. La causa de ello no parece ser imputable a esos profesionales. Más bien una investigación en este terreno, a nuestro juicio, debería conducir a escarmentar sobre la exactitud y veracidad de los datos que dispusieron los analistas para hacer esos análisis.

Cuando se publican comentarios o editoriales relativos a sucesos distantes, el autor, como es obvio, recurre a variadas fuentes: sus propios conocimientos del contorno o del hábitat donde ocurren los hechos o actúan los hombres, y la referencia inmediata que aparece transmitida en los relatos informativos. Estos últimos, por la premura del tiempo, el emplazamiento económico derivado de costos cada vez más elevados en la transmisión de las noticias, que muchas veces parecieran dar por sentada la conclusión derivada de una recapitulación incompleta del acontecer, suelen inducir a esos comentaristas hacia conclusiones incompletas y hasta equivocadas. La competición en la transmisión de noticias que presiona seriamente a los periodistas del área propiamente noticiosa se proyecta gravitadamente en la actividad del analista.

La prolongada lucha entre Irán e Irak, que dicen ha costado ya más de 500 mil vidas; la actividad de las brigadas insurgentes en ciertas zonas de Perú; la proliferación del narcotráfico en Sudamérica, especialmente en los repliegues andinos de nuestro territorio, son algunos ejemplos de la presión que sobre cronistas y analistas se desata.

La creciente posibilidad de transmitir informaciones pareciera estar conspirando contra uno de los requisitos básicos que debe llenar la noticia: integridad del hecho relatado, incluyendo los antecedentes. Estas limitaciones conducen a falta de imparcialidad para que el lector, finalmente, elabore su juicio y conclusiones personales.

La expansión de las comunicaciones, de cualquier índole que ellas sean, han pasado a ser una de las características de esta época finisecular. Algunos, con mucha benevolencia a nuestro parecer, pretenden que el Siglo XX ha de denominarse el Siglo de las Comunicaciones, como otra centuria de la Historia se denomina el Siglo de las Luces. La verdad es que, como todo quehacer humano, algunos pecamos de optimistas.

El progreso de la tecnología, en su inconmensurable espectro, ha permitido acelerar el proceso "comunicacional" en escala

fascinante. Eso es cierto, como también lo es que la preocupación informativa del hombre de este tiempo, limitada por emplazamientos económicos, políticos y de la más variada índole, ha ido reduciéndose no sólo para “noticiarse” sino también para analizar el acontecer próximo y lejano de modo que pueda llegar a conclusiones que, por lo menos, satisfagan sus personales inquietudes.

Los sistemas de difusión de información han asumido connotaciones cada vez más extensas. Ya no basta con las señales de humo, el uso de las palomas o el aprovechamiento del telégrafo para llevar noticias de un ámbito a otro. La técnica, en menos de medio siglo ha transformado el sistema de comunicaciones en tal grado que ahora es casi ya una especialidad el conocimiento de todos los procedimientos incorporados a la mecánica comunicacional para poder elaborar un cuadro al día de las maneras cómo el hombre puede interrelacionarse.

El periodismo escrito, que junto con el libro mantuvo predominio comunicacional e informativo, sufre el cerco cada vez más estrecho de otras formas periodísticas audiovisuales y verbales. A tal punto crece la dimensión de la radiotelefonía, la televisión, el teléfono y otros procedimientos al parecer mucho más sofisticados como el uso particular de antenas especiales o variantes computacionales, que ya parece no ser válida la afirmación de que la persona siempre quiere corroborar con la lectura del diario lo que ve y oye a través de la radiotelefonía o la televisión, sólo por citar dos medios muy difundidos.

En este espectro expansivo, se debe recordar que el uso de satélites dedicados al campo noticioso ha crecido a tal punto que en Estados Unidos se habla de crear una oficina especializada en el catastro de esos artefactos. Los hay de muchas nacionalidades y de distinta ubicación en el espacio que cubre nuestra atmósfera.

Qué diferencia surge al recordar la diafanidad, exactitud con

que los diarios de Bolivia, Perú y Chile informaron sobre el desarrollo del conflicto de 1879. Históricamente se menciona este hecho como expresión del respeto y consideración que los gobernantes de entonces tenían hacia el periodismo y, al mismo tiempo, como un ejemplo de honestidad profesional comunicativa.

Todas estas referencias inciden en la constatación de cuántas limitaciones surgen actualmente en la tarea de analizar y pretender explicar a los receptores, los principales hechos del diario acontecer.

Algunos periódicos han buscado resolver el problema incorporando en sus columnas opiniones y análisis elaborados por especialistas que desde distintos lugares del globo elaboran sus diagnósticos. Aún cuando el procedimiento ha ido en continuo crecimiento, con todo conlleva algunos riesgos. El comentarista surgido en un país de la era post industrial que están viviendo algunas naciones del Norte, tiene su propio prisma, su propia dimensión de los hechos; si él fuera oriundo de la zona llamada "tercermundista" seguramente su apreciación respondería a otra manera de ser, de mirar y de sentir las cosas. De todas maneras, de uno u otro proceso surge el emplazamiento para el analista o el comentarista de páginas editoriales, ya que en su trabajo ha de conciliar limitantes y peculiaridades.

Un despacho informativo que en su origen pudiera contener todos los ingredientes del hecho, puede publicarse reducido o amputado, muchas veces en homenaje a las limitaciones del espacio que la prensa escrita, la radial o la televisiva sufren de continuo. Los comentaristas locales, cuya idoneidad y buena fe quedan libres de sospecha, pueden llegar a informar comentando con antecedentes incompletos.

La creciente expansión de las comunicaciones, que en este decenio próximo al finisecular inunda las mesas de redacción periodística, muchas veces embrolla todo el panorama. Que

lejanos los tiempos en que, por ejemplo, don Benjamín Vicuña Mackenna era corresponsal "in situ" durante algunos períodos del conflicto de 1879, o bien cuando desde Europa enviaba sus propios despachos relativos al conflicto franco-prusiano, llegando hasta anticipar el desenlace de algunas batallas.

Todos los antecedentes acumulados en estas columnas señalan que es evidente que el comentarista suele carecer de amplia información, no por obra de los emisores mismos del mensaje sino por vicios que surgen en la difusión y recepción final del hecho noticioso. Unas veces es la subordinación al criterio diferente de traductores, otras a una diferente concepción valorativa que asignan al mensaje redactores de las páginas de cables o bien riguroso esclavo del espacio, que acosado por el tiempo suele amputar el texto presionado por factores ajenos a su propia idoneidad.

Esta información incompleta en que muchos nos vemos atrapados, ¿no estará presionando con urgencia para establecer en cada periódico de estas zonas pobres del mundo un banco de datos computarizados, por muy costoso que pudiera ser su incorporación a la infraestructura de cada medio que acepte la responsabilidad de dedicar espacios al análisis del acontecer internacional?

Ya los viejos archivos, los kardex y otros sistemas tradicionales parecen pecar de total insuficiencia. Si los hechos que conmueven a otros hombres de otras regiones han de ser analizados para derivar conclusiones justas y valederas, busquemos otra forma alternativa de recopilación de datos.

Todas las reflexiones insertas derivan de la preocupación que implica el emplazamiento cada vez más punzante que sufre toda la comunicación. Desde la irrupción del "nuevo periodismo", en EE.UU. y Europa, materia sobre la cual nuestra revista ha registrado importantes consideraciones, incluso en este mismo número, la técnica y ciencia comunicacional soporta muchas críticas que van desde la desinformación hasta la supresión total

de la misma. El aspecto de la información incompleta, fruto de la creciente ampliación de las noticias, que hasta obnubila a los comentaristas y analistas, responde a otras motivaciones. Estas presionan urgentemente a ser tomadas en cuenta para imponer lo que podríamos también denominar “nuevo orden informativo por exceso de información parcial”.

Algunos medios, audaces y renovadores ya han enfrentado el fenómeno y cada vez con mayor frecuencia envían sus propios “veedores” a los escenarios del mundo, aún a riesgo de que la brevedad de sus incursiones no les permita captar toda la infraestructura que subyace en cada acción del hombre.

Esta dinámica debería de conducir a nuestro Departamento de Ciencias y Técnicas de la Comunicación a buscar métodos y formas que resuelvan el emplazamiento, incorporando a nuestro currículum el aprovechamiento de la computación en sus más urgentes y ricas perspectivas: aceleración de la velocidad informativa, aprovechamiento de las nuevas variantes de impresión y utilización apropiada de bancos de datos.

Por lo demás, la trayectoria de nuestro Departamento, desde sus inicios, cuando el rector de la fecha, don Juvenal Hernández Jaque, en fundamentado juicio señaló la perentoriedad de organizar en Chile una Escuela de Periodismo de auténtico rango universitario, apuntaba claramente a la trascendencia e importancia creciente que la comunicación iba teniendo en el contexto de la cultura y de la convivencia entre los hombres (1).

(1) “Esta Escuela de Periodismo viene a llenar una necesidad del mundo actual, porque ya el periodismo, como las otras profesiones, ha superado la etapa individualista y ha pasado a convertirse en trabajo necesario e imprescindible para el progreso de la sociedad. Ha sido superado el concepto de profesionales liberales, llegándose al de profesiones sociales, por lo que la universidad ha querido responder a esa exigencia de la sociedad contemporánea con la inauguración de esta Escuela de Periodismo”.

El análisis del acontecer próximo o lejano en que el individuo no es simple actor sino protagonista, debe asentarse en pleno conocimiento que comprenda causas y efectos. Parece bastante difícil que un transeúnte que mire los hechos, esclavizado por el tiempo y los deberes inherentes al cumplimiento de otras múltiples tareas profesionales, pueda disponer de tanta versatilidad, de tales antecedentes previos que expliquen "prima facie" los acontecimientos de trascendencia mundial. Ello exige una particularización del conocimiento, centrado en antecedentes muy variados: medio social, historia, idiosincrasia de los integrantes del grupo donde los acontecimientos tienen lugar y un sinfín de connotaciones. La universalidad de conocimiento del profesional puede ser amplia, pero sin duda que ella, salvo excepciones, habrá de requerir la particularización que proviene de la profundización de los factores mencionados. Esto, sin el menor menoscabo de la cultura global que tiene cualquier profesional de la comunicación.

Cuando don Agustín Edwards McClure concibió y luego fundó la edición santiaguina de "El Mercurio", ya apuntaba a estos aspectos de la información al incorporar al cuerpo de redactores a personas idóneas y versadas en distintos aspectos del acontecer chileno, fundamentalmente, y por extensión en el universal. Un ejemplo análogo dio "El Diario Ilustrado" desde su nacimiento.

El periodismo chileno, desde los días de Camilo Henríquez, mostró preocupación por analizar todos los fenómenos concomitantes al espectro comunicacional, -los que de una manera u otra demuestran los antecedentes anteriormente recordados en estas mismas columnas-, plasmó de manera fehaciente cuando don Eleodoro Yáñez concibió y fundó "La Nación" de Santiago.

En efecto, al nacer el periódico junto a la sobresaliente pléyade de redactores nacionales que incorporó al matutino, designó un calificado conjunto de corresponsales propios en distintas ciudades: Buenos Aires, Madrid, París, Roma o Londres. De allí,

chilenos, con la óptica de ciudadano nacido en estos parajes, analizaban el acontecer del medio donde estaban designados y con calma, independencia y enfoque propios, iban explicando a los lectores del nuevo diario chileno las causas y efectos de numerosos hechos.

El pensamiento del rector Hernández, recogido y ampliado por el Ministro de Educación de entonces, profesor don Juan Gómez Millas (2), ha estado presente invariablemente en la preocupación renovadora que caracteriza la conducción de nuestro Departamento y expresada en numerosas iniciativas conducentes a la puesta al día de su currículo. A las inquietudes de antaño, plasmadas en varias oportunidades en numerosas iniciativas, van incorporándose otras.

En la referencia concreta relativa a la inspiración del presente enfoque, hay que agregar la diversificación que nuestro Programa ha registrado este año, con la incorporación de asignaturas relativas a análisis actual de las relaciones internacionales y la que se relaciona con el rastreo de la organización partidaria y militancia política que desde antes de 1810 ya caracterizó al habitante de Chile.

Estas ampliaciones curriculares, más otras que sin duda habrá, permitirán a nuestros egresados disponer de medios teóricos para utilizar herramientas apropiadas que podrán llegar a impedir

(2) "Pero el periodismo actual ha llegado a ser un medio moderno de educación general. Esto ha sido impuesto por las necesidades de la sociedad contemporánea que marcha a parejas con los progresos de la civilización en sus múltiples aspectos. En la Escuela de Periodismo, los alumnos aprenderán lo que es necesario para llenar esta función altamente social y asimilarán los conocimientos que han de facilitar su acción y su vocación; pero a ese esfuerzo de la universidad y de sus profesores, ellos deben responder con una vida y una acción personales, sin las cuales todo el interés tenido para su creación se transformaría en trabajo vano y estéril".

que la información incompleta perturbe o distorsione el juicio de los receptores del mensaje comunicacional.

Parece también perentorio que de alguna manera nuestros estudiantes puedan disponer de medios para alcanzar a otras latitudes y conocer “de visu” el contorno donde otros hombres siguen construyendo la historia.

La doctrina de los sobresalientes catedráticos, que tanto contribuyeron a fundar nuestra escuela, sigue vigente. Esa escuela, transformada ahora en Departamento por iniciativa de nuestros profesores que asimilaron los emplazamientos de la expansión de la comunicación, ha extendido su área docente en diversas manifestaciones: creación de la cátedra de periodismo científico, estudio profundo de las técnicas audiovisuales y otros.